

Un sencillo testimonio cristiano de un religioso agustino como Vicario Episcopal

Ángel Camino Lamelas, o.s.a.

Desde hace tres años soy Vicario Episcopal en la Archidiócesis de Madrid. El Arzobispo me nombró consciente de que soy religioso agustino y, por tanto, con la necesidad de aportar a la Iglesia diocesana mi propia identidad a través del carisma congregacional. Desde el primer momento me llamaron la atención las palabras del Papa Francisco: «Hoy que la Iglesia quiere vivir una profunda renovación misionera, hay una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación informal que se puede realizar en medio de una conversación (...). Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús, y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino» (E.G. 127). Por tanto, se trata de “llevar el Evangelio” a la Vicaría que se me ha confiado con sencillez y humildad. El núcleo de la evangelización es el testimonio personal, compartir el Dios que conocemos, compartir el amor, e invitarlos a conocerle.

Una breve descripción

La Vicaría VIII, Noroeste de la Archidiócesis de Madrid, cuenta con 750.000 habitantes, 180 sacerdotes, 59 parroquias, 103 comunidades de religiosas, 51 de religiosos, 42 residencias de mayores, 11 hospitales,

122 colegios (33 religiosos y 89 públicos), la Capilla de la Universidad Autónoma de Madrid, la Cárcel de Soto del Real, un sinfín de obras propias de la realidad de Cáritas, entre las que destacan Casas de acogida de la trata, Comedores sociales, Economatos. Por su ubicación, alberga a

personas muy diversas por razón de su cultura, economía, condición social, con una bolsa grande de inmigrantes y al mismo tiempo con los barrios residenciales mejor dotados de Madrid. La práctica religiosa se encuentra entre el 10 y el 12 % de participación. Como Vicario Episcopal he renunciado a la vivienda propia del cargo para vivir en una comunidad de la Orden de San Agustín en Madrid.

Un estilo típicamente agustiniano es el coloquio personal con los sacerdotes. Les escucho personalmente sin tener el reloj presente. Una vez al año, paso por todos los consejos pastorales de las parroquias: no para juzgar, o entrometerme, sino para conocer y compartir sus inquietudes, crear comunión.

Cuando he comenzado este servicio recordé las palabras de San Agustín: «*Por la Iglesia que se me ha confiado, debo tener la más grande solicitud. Estoy al servicio de aquello que le pueda resultar útil; deseo no ser tanto su presidente como serle de provecho*» (Carta 134,1). Y todo ello vivido en el contexto de la Iglesia en salida que nos está pidiendo el Papa Francisco, «*una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas*» (E.G. 46). He procurado dar respuesta a esta exigencia del modo más sencillo; por ejemplo, en los momentos fuertes del año (Navidad y Semana Santa), he acudido a los últimos pueblos de la Vicaría, como un signo de esta “Iglesia en salida”, hacia los más pobres y necesitados. Mantengo una presencia testimonial en los hospitales, especialmente en la Misa del Gallo, visitando a los enfermos y celebrando la Eucaristía con las familias. Hemos apoyado

totalmente la iniciativa de un sacerdote que, en la actualidad, ha construido una casa, con ayuda de la Vicaría, para 22 refugiados, existe todo un seguimiento de acompañamiento. Una vez al trimestre paso una tarde completa en la Cárcel de Soto del Real (Madrid), y un domingo al trimestre, celebro para los internos la Eucaristía. La relación creada con los internos es algo francamente sorprendente por los frutos que se perciben desde la confidencialidad más cercana, profunda y espontánea que se origina.

“Entre todos, con todos, para todos”

¿Cómo concretamos el dinamismo de “salida” al que somos empujados por la fuerza del Espíritu Santo? Nuestro Arzobispo nos ha convocado a elaborar un *Plan Diocesano de Evangelización* (PDE): «*Entre todos, con todos, para todos*». Se trata de realizar juntos, durante tres cursos, un camino de conversión que nos «*devuelva la alegría de la fe y el deseo de comprometernos con el Evangelio*» (E.G. 14). Una conversión que se traduzca asimismo en una renovación de las estructuras de la Iglesia en Madrid y de nuestros estilos y métodos pastorales, de modo que sirvan más y respondan mejor a las necesidades de la evangelización del momento actual (E.G. 25). De este modo se ha creado el SARCU (Servicio Asistencia Religiosa Católica Urgente). Un servicio de la Archidiócesis de Madrid, durante la noche, todos los días del año. Atiende a casos urgentes y graves: moribundos, situaciones de peligro vital físico o psicológico, grandes accidentes o catástrofes, violaciones de los derechos humanos que requieren una rápida actuación, etc. En la actualidad nos hemos apuntado 48 sacerdotes con dos laicos por sacerdote con un servicio activo cada siete semanas.

En la Vicaría, al frente de cada Delegación: Catequesis, Juventud, Enseñanza, Cáritas, Vida Consagrada, se ha creado lo que en España llamamos “Mesa de trabajo”, que son grupos de trabajo, donde se asume una responsabilidad directamente. Al mismo tiempo se ha dado vida al Consejo Pastoral de Vicaría, con 30 personas. Así se facilita la participación de los laicos en la elaboración, realización y revisión de los planes de acción pastoral, siendo corresponsables. Hemos intentado promover en cada Parroquia el Consejo Pastoral y el Consejo Económico. Se ha creado un noticiario interno de comunicación, de forma que sacerdotes y laicos estén informados de la vida y acontecimientos puntualmente.

En este contexto he recordado con frecuencia que *«La conversión pastoral de nuestras comunidades exige ir más allá de una pastoral de mera conservación, a una pastoral decididamente misionera»* (Aparecida 370). La conversión pastoral, que parece pedirnos Dios, significa apropiarnos de la mentalidad de la comunión. Para dar rostro a esta exigencia, he convocado una vez al trimestre a los sacerdotes jóvenes, manteniendo una relación con ellos lo más concreta posible, y una vez al año me he reunido con dos grupos de sacerdotes por edades. Un estilo típicamente agustiniano es el coloquio personal con los sacerdotes. Les escucho personalmente sin tener el reloj presente. Una vez al año, paso por todos los consejos pastorales de las parroquias: no para juzgar, o entrometerme, sino para conocer y compartir sus inquietudes, crear comunión.

Con la Vida Consagrada convoco 2 veces al año a los religiosos y religiosas de la Vicaría. Son tres horas de la tarde de un domingo de reflexión, oración y fraternización.

En medio de la intensa actividad pasto-

ral, dedico el lunes al descanso y a vivir el día lo más estrechamente posible con mi comunidad, participando activamente en la reunión de comunidad, en los rezos, la comida, salidas comunitarias...

Una dimensión de comunión

El servicio como Vicario Episcopal tiene una forma de gobierno al que he intentado darle la dimensión de la comunión: promoviendo y dando vida al encuentro mensual con los 7 arciprestes. Se les hace partícipes de toda la problemática diocesana o vicarial. Se trata de vivir y fomentar la corresponsabilidad. Este modelo se lleva a la reunión de sacerdotes por Arciprestazgos. En estos tres años, nos hemos reunido el Consejo Arciprestal de la Vicaría VIII con los arciprestes de otras Vicarias, con los de la III y IV. Han sido momentos para abrir horizontes y compartir las inquietudes, los éxitos y los problemas de las otras Vicarias. Todos los martes tenemos Consejo Episcopal. Se trabaja, se estudia, se reflexiona, se toman decisiones pero siento que mi principal tarea es crear relaciones; fomentar la comunión. Con el Obispo, todos los Vicarios tenemos un coloquio mensual de una hora. En esa hora, no solo comparto el trabajo, sino la vida de fe, la espiritualidad, los frutos que produce la vida de la Palabra como Vicario Episcopal. Con los que trabajan en la oficina de la Vicaría, tenemos una reunión mensual, compartiendo vida, y un resumen de la actividad pastoral del mes.

Y sobre todo... ¡están los jóvenes! *«¡Qué bueno es que los jóvenes sean “callejeros de la fe”, felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra!»* (E.G. 106). Mensualmente se mantiene un encuentro de oración con jóvenes en la Catedral con el Obispo diocesano. Un

gran número de jóvenes salen de sus casas cada primer viernes para encontrarse –entrada la noche– en un ambiente de oración típicamente juvenil, iluminado por la Adoración, la Palabra de Dios y la comunión entre ellos con el Pastor, con palabras directas que llegan al corazón. Es un fenómeno singular: un promedio de 1.500 jóvenes que se sumergen en el silencio, rezan juntos, salen de sí mismos, experimentan que la familia se alarga, viven la alegría del evangelio con la conciencia de convertirse en discípulos misioneros.

Como Vicario Episcopal, no hago ninguna Confirmación, sin antes estar al menos una hora con los jóvenes. Una hora, con tres momentos: conocernos, preguntas abiertas que les hago, preguntas que me hacen ellos directamente con respuestas desde la vida. Es francamente conmovedor escuchar a los jóvenes. La sed que tienen de Dios la muestran abier-

...Las comunidades religiosas abren sus puertas para que los jóvenes puedan conocer sus obras y carisma, al tiempo que entablan diálogo y comparten un momento de oración. Los jóvenes se reúnen por vicarías para conocer la realidad de la Vida Consagrada que tienen a su alrededor.

tamente con su testimonio de vida y al mismo tiempo con unas exigencias muy fuertes de mostrar otro rostro de Iglesia. Cuando les escucho resuenan fuertemente en mí las palabras del Papa Francisco: «*Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí, para toda la Iglesia, lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y*

manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades» (E. G. 49).

Organizado por las delegaciones de Juventud y Pastoral Vocacional y la Vicaría de Vida Consagrada, las comunidades religiosas abren sus puertas para que los jóvenes puedan conocer sus obras y carisma, al tiempo que entablan diálogo y comparten un momento de oración. Los jóvenes se reúnen por vicarías para conocer la realidad de la Vida Consagrada que tienen a su alrededor; luego todos se dirigen a la Catedral de la Almudena para la tradicional Vigilia de los primeros viernes de mes con el Cardenal Osoro.

Al concluir esta sencilla comunión no puedo dejar de pasar por alto el hecho de que todos los domingos del año celebro la Eucaristía en una de las 59 Parroquias de la Vicaría. Procuero que sea el centro de toda mi actividad pastoral; cuido que la homilía sea comprensible para todos; al terminar, me entretengo el tiempo necesario para hablar con la gente.

Hoy la Iglesia quiere vivir una profunda renovación misionera, en permanente estado de misión. No podemos quedarnos quietos, llegando a los demás con sencillez y humildad. El testimonio personal y comunitario en la evangelización no sólo es central, sino decisivo y fundamental. Compartir el Dios que conocemos y amamos, e invitar a conocerlo de un modo contagioso, alegre y testimonial es el deseo de toda la Iglesia al que me uno cada día con más pasión. Desde el lugar que Dios me ha colocado en la Archidiócesis de Madrid, como Vicario Episcopal, siendo religioso agustino, ofrezco mi humilde y pobre tesela para contribuir al último deseo de Jesús: componer la familia unida del mundo, «que todos sean uno».